

COVID-19. Health and Humanities. International Conference

16-17 de abril 2020

Coorganizan: Conseil International de la Philosophie et des Sciences Humaines –
Institute for Public Health, Taiwan University

Historia y literatura en tiempos de epidemia

Jesús de la Villa

Vicepresidente de la FIEC

Presidente de la SEEC

La enfermedad es un momento de cambio individual y, en el caso de tratarse de una epidemia, también de cambio colectivo. Es decir, afecta siempre a las personas, pero también puede afectar a las sociedades en su conjunto. La trascendencia de la enfermedad provoca un corte social, cuya importancia variará en función del número de personas afectadas y la gravedad del mal.

La descripción y comprensión precisas de las características médicas de la enfermedad corresponden a los médicos, los biólogos, los químicos. Pero la comprensión integral de la verdadera trascendencia del mal para los seres humanos, individual y colectivamente, ha de ser estudiada propiamente, en mi opinión, por las ciencias sociales y también por las humanidades.

En la descripción de los diversos aspectos en los que los individuos y la sociedad se ven afectados por la enfermedad participan ciencias como la psicología, la antropología, la sociología y, naturalmente, la economía. La historia, por su parte, una de las materias centrales de las humanidades, aporta el análisis global de los fenómenos, buscando sus causas, su desarrollo y sus consecuencias, tanto para individuos como para grupos humanos más amplios y, potencialmente, para toda la humanidad. Y caben también aproximaciones filosóficas, arqueológicas, éticas, en las que las ciencias humanas aportan visiones propias sobre los efectos de la enfermedad en diferentes facetas de la vida. Incluso la lengua, puede ser una vía para entender algunos aspectos sociales de la enfermedad, como probó el famoso ensayo de Susan Sontag *La enfermedad como metáfora* (1978).

Mi intervención va intentar poner el foco sobre otra de las actividades humanísticas por excelencia, que no siempre está presente en los debates sobre las relaciones entre las humanidades y la ciencia, me refiero a la literatura, que es el complemento perfecto, a mi juicio, de la historia.

Son numerosas las obras literarias que se ocupan de la enfermedad como elemento fundamental del marco o la trama de las creaciones literarias. Hay obras maestras de la literatura que tratan de la enfermedad individual, como *La montaña mágica* (1924), del escritor alemán Thomas Mann (1875-1955). Pero en este momento me interesan las que se refieren a enfermedades colectivas, a epidemias.

La particularidad de la narración literaria con respecto la descripción histórica o los análisis parciales, económicos, sociológicos, etc., es doble: por un lado, la literatura es capaz de transmitir imágenes y sensaciones que difícilmente pueden recogerse en tratados académicos. Puede dar cuenta de aspectos como el estado de ánimo de la gente, las relaciones personales, familiares, los odios, los actos de generosidad, de egoísmo etc. Por otro lado, la literatura, libre de las ataduras del rigor académico, es capaz de poner el foco en un aspecto u otro de los fenómenos históricos, concentrando en un solo momento o en unos pocos personajes sucesos dispersos e insistiendo en aspectos que podrían quedar al margen de las más frías descripciones científicas. Y voy a poner un ejemplo creo que extraordinario de esto, procedente de un momento

de gran trastorno colectivo, pero no por efecto de la enfermedad, sino de la guerra, que es también de utilidad en los momentos actuales. ¿Puede alguien pensar en una mejor descripción de lo que representa el encierro de los individuos, el confinamiento de familias enteras, que el famoso *Diario* de Anna Frank? No cabe descripción histórica capaz de transmitir el horror, la esperanza y la capacidad de supervivencia de los seres humanos en tales condiciones como esas pocas páginas de un humilde diario de una adolescente. Y eso es mérito de la literatura, más aún, podría decirse que es su función suprema: ser capaz de reflejar aspectos del ser humano que muchas veces no interesan al análisis científico y de los que es difícil dar cuenta incluso con una descripción puramente histórica.

Para centrarme en las obras literarias en las que aparecen las epidemias como tema principal o como marco en el que suceden otros acontecimientos, voy a citar solo unas pocas obras, pero de grandes autores, de diferentes países, de distintas épocas y escritas en varias lenguas. Todas ellas se ocupan en algún aspecto de la epidemia y sirven como clave para entender el momento presente, en el que el COVID-19 nos ha devuelto a tiempos y sensaciones que solo nuestros abuelos o incluso generaciones anteriores pudieron conocer. Y empezaré por el más antiguo de todos los textos que tenemos en el Mundo Occidental referidos a una plaga: se trata de la gran peste de Atenas del año 430 a. C. descrita por Tucídides.

Recordemos los antecedentes. Atenas y Esparta, que habían mantenido una gran rivalidad durante decenios, inician las hostilidades abiertas, la guerra, en el año 431 a. C. Es la llamada Guerra del Peloponeso, aunque afectó a toda Grecia. Los espartanos invaden el verano del año 430 a. C. el Ática, la región de la que era capital Atenas, y las poblaciones rurales se refugian en masa en la ciudad. Allí, en medio de las aglomeraciones humanas, de las deficientes condiciones alimenticias e higiénicas, del calor veraniego, estalla la plaga, que, por la descripción de Tucídides, podemos identificar con la peste bubónica. La plaga afectará a una gran parte de la población y terminará llevándose por delante, en el año 429 a. C. al propio gobernante máximo de Atenas, Pericles. Y Tucídides, que trata de narrar en su obra la Guerra del Peloponeso, dedica apenas tres páginas (libro II, párrafos 47-54) a la descripción de la peste; pero lo hace con tal precisión y tal inteligencia, combinando datos objetivos con impresiones, con sensaciones, que se convirtió para siglos en el modelo para narrar este tipo de situaciones en el Mundo Occidental.

Podría decirse que Tucídides era más un historiador que un literato y que su obra no es propiamente un relato literario. Pero sería un error pensar así; en su época no se establecía una distinción clara entre historiografía y literatura. El relato de Tucídides compagina rigor con esfuerzo de composición lingüística y literaria. Es pura literatura. Y en esas pocas páginas nos transmite algunos de los rasgos que habrán de caracterizar para siempre cualquier descripción de una epidemia.

Comienza por establecer un marco, caracterizado por tres rasgos principales, que son comunes en todas las epidemias: puede afectar a todos los ciudadanos; los médicos y las personas que se ocupan de los enfermos son los más expuestos; la población pasa por diversos estados de ánimo que pueden llevar a la desesperación (párrafo 47). En otras palabras nos introduce en la parte física del mal, en las medidas que pueden tomarse frente a él y en la situación de la población. Después de este comienzo, Tucídides va a desarrollar estos puntos, pero no da a los tres igual importancia.

Se ocupa en primer lugar del origen del mal, que, dice él, pudo estar en Egipto. También hubo quien lo atribuyó a los espartanos, que habrían envenenado los pozos (párrafo 48). Pero Tucídides no tiene pruebas ni de lo uno ni de lo otro, así que deja este aspecto: “Pues bien, sobre esta enfermedad cada uno, médico u hombre vulgar, diga según sus conocimientos cuál es el origen probable de ella y las causas que, a su juicio, pudieron provocar un trastorno tan grande, que yo contaré cómo fue”. Estas pocas palabras nos remiten a otro aspecto típico de las grandes

epidemias: los bulos, las noticias supuestamente ciertas, pero sin base ninguna. Se trata de uno de los aspectos sociales sobre los que los estudios científicos, sociológicos, históricos o epidemiológicos, apenas insisten, pero que constituye un elemento fundamental de la incidencia de una gran plaga sobre una sociedad y de la evolución de la propia sociedad durante el período de su incidencia y después. Y, aunque muy brevemente, también se menciona otro aspecto típico de las reacciones sociales: la búsqueda de culpables personales, preferentemente externos, extranjeros. La xenofobia es una de las reacciones humanas más típicas en momentos de gran catástrofe social.

A continuación (párrafo 49) viene la descripción detallada de los síntomas, una de las más antiguas que tenemos en todos los registros literarios y extremadamente precisa para el estado solo embrionario de los conocimientos médicos de la época. Y Tucídides transmite un dato del que no siempre tenemos noticia: también afectó a los animales (párrafo 50).

En los siguientes tres capítulos (50-53) se informa de lo más interesante: cómo reaccionó la población. Y aquí el autor hace casi todo un catálogo de actitudes: el egoísmo de quien se encierra en casa y no quiere ayudar a nadie o de quien incluso abandona los cadáveres de la familia; la generosidad de quienes, incluso con riesgo de su vida, acuden a ayudar a sus amigos y familiares; la compasión de quienes ya habían pasado la enfermedad y estaban inmunes; la miseria de los menos afortunados, los refugiados, que morían sin cuidado alguno. Es decir, todo un listado de actitudes que podrían reconocerse en cualquier situación actual. Pero entre todo ello, hay una frase sobrecogedora y que es capaz de transmitir por sí sola todo el horror de una epidemia: “lo peor de todo era el desánimo cuando uno se enteraba de que estaba enfermo” (51.4). Con esta pequeña frase Tucídides nos transmite algo que ha agobiado a todas las sociedades desde la Antigüedad: la soledad profunda del enfermo individual ante su suerte. Es el paso de lo colectivo a lo individual, que representa, al final, el principal origen del temor humano: ¿qué me pasará a mí? Es el reflejo de una percepción de gran agudeza psicológica y, a la vez, de un enorme humanismo.

Dentro de esta descripción de las reacciones humanas en el tiempo de la epidemia Tucídides describe con más detalle dos muy significativas y que no siempre se dan, pero que sí caracterizaron aquel momento: el hecho de que algunas personas se dieran al derroche, a la búsqueda del placer inmediato, al no saber qué les iba a deparar el destino; y el abandono masivo de la religión al ver que las plegarias a los dioses no proporcionaban ningún alivio.

Es notable, por otra parte, que no se refiera a las reacciones oficiales, a las posibles medidas adoptadas por el Estado, que sin duda existieron, al menos tratando de preservar a los soldados en un momento de guerra y de las que solo hay un reflejo en la mención a los médicos muertos en el ejercicio de sus funciones. Y es precisamente esta capacidad de la literatura para enfocar unos aspectos frente a otros a la que me refería antes como una de las cualidades de la literatura. Sin duda en un relato actual nos habríamos interesado, como un aspecto fundamental, por la reacción de los poderes públicos. Pero Tucídides se centra en los sentimientos y las reacciones humanas, pintándolas con una vivacidad extraordinaria y transmitiendo así una imagen mucho más impresionante y real de lo que representó la peste para los ciudadanos de Atenas.

El relato acaba con una información más bien erudita sobre los posibles vaticinios y oráculos que habrían anunciado la desgracia (párrafo 54). Pero lo hace sin gran interés, solo como una especie de concesión necesaria hacia una sociedad y unos lectores profundamente supersticiosos.

Este primer relato, del siglo V a. C., no lo olvidemos, será el modelo, como dije para otros muchos que vendrán después. Así, ya en Roma, las dos grandes pestes, una en el siglo II, la

llamada Peste Antonina, y otra en el siglo III d. C., serán descritas, respectivamente, el gran Galeno y Amiano Marcelino, la primera, y por Cipriano de Cartago y Dionisio de Alejandría (según testimonio de Eusebio de Cirene), la segunda. Es posible que se tratara en los dos casos de epidemias de viruela. Y el modelo último, a veces explícito, de estas narraciones es Tucídides. Sin embargo, estas narraciones no estaban verdaderamente interesadas en aspectos generales de la epidemia. Domina en ellos un interés, bien médico, en el caso de Galeno, bien religioso, tratando de mostrar el diferente comportamiento de los cristianos y los paganos hacia los enfermos. Del relato de Amiano sobre la plaga apenas conservamos unas citas. Lo más importante de lo que aportan estas noticias o relaciones en términos humanos es la gran importancia que tuvieron en la propagación de las epidemias los movimientos de población. En el caso de la Peste Antonina fueron los legionarios romanos, contagiados en la frontera oriental del Imperio Romano, en Seleucia, sobre el río Tigris, los que la portaron hasta la frontera del Rin y de allí se extendió a la Galia y Germania. La segunda epidemia surgió probablemente en Egipto y debió de transmitirse por las rutas comerciales que unían Alejandría con Roma y la parte occidental del Imperio Romano.

De las grandes pestes medievales tenemos testimonios, fundamentalmente historiográficos. Hubo muchas epidemias en los largos siglos oscuros de la Edad Media, pero quizá las peores son la llamada Peste de Justiniano (541-542 d. C.) y la terrible Peste Negra (1345-1347), que mató entre una tercera parte y la mitad de la población europea. No hay grandes novelas referidas a estos acontecimientos, salvo una, el *Decameron*, de Giovanni Boccaccio (1313-1375), que utiliza la epidemia como el escenario que justifica la introducción de sus deliciosos relatos en el contexto de un grupo de personas que se han refugiado en el campo huyendo de la peste que asolaba Florencia. Esta obra, aunque no trata propiamente de la peste, nos puede indirectamente servir de reflejo de otras dos características universales de las epidemias. La primera es la forma dispar en que se ven afectados los más humildes y los poderosos, pues estos últimos pueden buscar refugio lejos del foco de la enfermedad. La segunda, la necesidad del ser humano por buscar huecos de normalidad y de escape incluso en situaciones de la máxima gravedad.

Hemos de esperar realmente a las grandes pestes del siglo XVII para encontrarnos una obra digna de la escueta pero riquísima noticia de Tucídides. Se trata del *Diario del año de la peste*, escrita por Daniel Defoe (1660-1731), el autor del famosísimo *Robinson Crusoe*. Defoe publicó su obra en 1722, pero referida a acontecimientos que habían sucedido casi sesenta años antes, cuando él era niño. Se trata de la gran epidemia de peste que asoló Londres en los años 1665 y 1666 y que se llevó por delante, se calcula a la cuarta parte de la población de la ciudad. Es una obra de ficción, con un protagonista que pasa por diversas situaciones. El argumento es más bien superficial, pues está pensado sobre todo para dejar constancia de los horrores vividos y, sobre todo, de las reacciones humanas ante ellos. En el *Diario del año de la peste* hay referencias al origen de la enfermedad, que llegó por barco probablemente desde Holanda, lo que obligó a tomar medidas para establecer cuarentenas rigurosas. Encontramos también noticia de las decisiones de las autoridades, en este caso muy activas para tratar de paliar la catástrofe personal y comercial; de la actuación de los médicos, casi siempre heroica; de los daños que sufrían los negocios y talleres; de la fundamental participación de las parroquias, como unidad básica de estructuración social en la gran urbe; y, desde luego, de todo tipo de reacciones humanas como las descritas veinte siglos antes por Tucídides, desde el egoísmo al más absoluto altruismo.

Y de nuevo aquí la literatura se muestra como un instrumento magnífico, capaz de transmitir con una pincelada un conjunto de sensaciones y de actitudes que la enumeración de unas estadísticas de fallecidos o de datos económicos no son capaces de darnos. La posibilidad de elegir momentos y situaciones por medio de unos personajes de ficción, que se mueven por donde el autor quiere, consigue resumir a veces en un párrafo lo que humanamente seríamos

incapaces de captar a través de las descripciones científicas. Es algo que muchos años después, en una obra de absoluta ficción, la novela *Ensayo sobre la ceguera* (1995), del gran escritor portugués José Saramago (1922-2010), Premio Nóbel de Literatura 1998, volverá a aparecer, pero ahora libre de todo anclaje histórico. Se trata de una ficción en la que, en un mundo distópico, una plaga universal deja ciegos a casi todos los seres humanos, menos a uno. El interés del autor está aquí en las relaciones humanas y en las estructuras de poder que se construyen en medio del gran vuelco social que representa una epidemia.

Una visión no muy diferente de la que proporcionan Defoe y Saramago la encontramos en otra de las grandes novelas occidentales, *Los novios*, de Alessandro Manzoni (Milán 1785-1873). Se trata de una verdadera obra maestra que relata la terrible peste que entre 1629 y 1631 afectó a todo el norte de Italia, en particular Lombardía y Véneto, para luego extenderse, por el movimiento de comerciantes y soldados, a todas las posesiones del Imperio español en Europa. En este caso no es la peste la protagonista principal, sino el marco en el que se desenvuelve una historia de amor. Sin embargo, para lo que aquí nos interesa, lo más importante es la extraordinaria reconstrucción, realizada sobre documentación original por Manzoni, de las escenas de pánico colectivo, de dedicación heroica y de miserable egoísmo que se produjeron durante aquella terrible peste. También es interesante recuperar las historias sobre la posible culpabilidad de espías extranjeros, que habrían extendido el mal con fines estratégicos; de hecho, la enfermedad se conoció en España como “los polvos de Milán”. Es decir, tenemos referencia a dos de las consecuencias sociales peores en épocas de epidemia: la aparición de bulos y la xenofobia como elementos emparejados muy habitualmente a este tipo de fenómenos.

Lo más interesante de esta obra, a mi juicio, es que es capaz de recuperar para nosotros un aspecto del que rara vez se habla cuando se describen las epidemias y es la forma en que continúa la vida. En efecto, en términos históricos no solo debe interesarnos el desarrollo de la epidemia y sus consecuencias, sino los otros aspectos de la vida cotidiana que necesariamente se mantienen y han de sobrevivir. Esos aspectos, reflejados de forma parcial en los informes médicos, psicológicos o económicos, pueden reconstruirse de un modo admirable a través de la ficción. En el caso del Manzoni es el amor, que pervive, y eso nos recuerda a otras novelas importantes que han coincidido en este aspecto. Podríamos citar, en primer lugar, *La muerte en Venecia* (1912), del ya citado Thomas Mann, Premio Nóbel 1929, donde se narra el enamoramiento de un hombre adulto por un joven. *El amor en los tiempos del cólera* (1985), del escritor colombiano Gabriel García Márquez (1927-2014), Premio Nóbel 1982, habla de la pasión mantenida a lo largo de la vida. También debe mencionarse *La cuarentena* (1995), del novelista francés aún vivo Jean-Marie Gustave Le Clézio (1940), Premio Nóbel 2008, que se interesa en su novela, además de por el amor, por la recuperación de la naturaleza y la sencillez de la vida en momentos de gran tensión y de encierro. Igualmente *La larga espera del ángel* (2008), de la italiana Valeria G. Mazzucco (1966), se ocupa del amor en tiempos de epidemia, pero en este caso dentro de las relaciones familiares en tiempos de epidemia. Todos ellos nos acercan por medio de la ficción o de la historia novelada a momentos de enfermedad colectiva y nos proporcionan visiones nuevas sobre facetas que de otro modo quizá habrían quedado ocultos bajo los datos y las descripciones científicas.

Un poco anterior a la mayor parte de las que acabo de citar es una de las obras cumbres de la literatura occidental del siglo XX, *La Peste* (1947) de Albert Camus (1913-1960), Premio Nóbel en 1957. Basada probablemente en una epidemia que tuvo lugar en Orán, Argelia, en el s. XIX, el autor se fija en la actitud abnegada de los médicos en un contexto en que ni las leyes, ni las creencias religiosas pueden constituir la base para una actitud digna de entrega a los demás por parte de los médicos, sino solo el sentimiento humano de solidaridad. Y es el contexto terrible de la epidemia lo que permite al autor reflexionar sobre la condición humana en su conjunto,

mucho más allá de lo que podrían haber hecho las estadísticas o las descripciones objetivas sobre la enfermedad.

Y acabaré citando una última obra literaria relacionada con las epidemias. Es el libro *Peste y cólera* (2012), del escritor francés Patrick Deville (1957). Esta obra reconstruye en forma de biografía casi novelada la vida del médico suizo Alexander Yersin (1863-1943), descubridor del bacilo de la peste bubónica, denominado en su honor *Yersinia pestis*, junto con el investigador japonés Kitasato Shibasaburo. El relato de Deville reconstruye la extraordinaria vida de este investigador, atraído siempre por la medicina práctica y por encontrar soluciones a los grandes males humanos.

A lo largo de esta rápida revisión he querido dejar claro cómo los estudios y descripciones científicas y especializadas sobre el fenómeno de la epidemia requieren, para ser comprendidos en su totalidad y poder ser verdaderamente útiles en una acción global contra una situación de pandemia como la que vivimos, una concepción humanista, que puede venir de la filosofía, de la historia y también de la literatura. Fenómenos como la relación con la religión, el surgimiento de bulos, la xenofobia, los sentimientos de esperanza y desesperación, la manifestación de las mejores y las peores cualidades humanas en momentos de presión y el mantenimiento de la vida cotidiana durante las epidemias se reflejan de un modo especialmente rico y completo en las narraciones de carácter literario, que comenzaron en el Mundo Occidental con la descripción de la peste de Atenas por Tucídides en el siglo V a. C. y que llegan hasta nuestros días.